

# **Mi nombre es Mike Johnson**

## **Por: Miguel Ángel Flórez**

Mi nombre es Mike, tengo 25 años. Soy mujeriego y alcohólico. Paso la mayor parte de mis días en los bares de cualquier ciudad buscando gatitas con el alma averiada y sus pulmones llenos de humoblues. Usualmente gano dinero en las peleas gracias a mi linaje Alemán, mido 1.90 y tengo pequeños brazos capaces de hacerte olvidar tu nombre con tan solo una caricia. Son las tres y treinta pe eme, estoy un parque de la Avenida Paraíso en Bogotá. Las palomas cagan a los transeúntes desprevenidos. El aire frío, húmedo, caliente, parco, inunda mis pulmones junto al humoblues del cigarrillo Jet. Los mensajeros corren, las secretarias corren, las palomas cagan. Me vendría bien ser paloma o mensajero. En la banca de en frente se sienta una gatita gorda. No está mal. Tiene el cabello rojo, falda corta, blusa blanca. Llegó su marido, mierda. Son pocas posibilidades en un parque.

Me levanto y fijo mis pies en ninguna dirección. Nada está bien un jueves en la tarde. Mi andar cesa al escuchar una pelea en el andén contiguo. Paso la calle. Una mujer aferra dulcemente sus uñas al cuero facial de un individuo cualquiera de esta ciudad. El individuo cualquiera aferra sus manos al bolso cualquiera de la mujer dulce. El policía llega. Auxiliar como de costumbre. Los verdaderos policías están ocupados en asuntos más “importantes”. ¿Qué pasa acá? Pregunta ingenuamente el auxiliar (Ya habíamos formado un círculo humano alrededor de la escena) ¿Cómo que qué pasa acá?, ¿es que usted es huevón!, no ve que esta mujer me está maltratando, hasta me ha querido robar el bolso. Mis ojos se clavaron en los pies del individuo cualquiera, llevaba tacones rosa. Mierda. Una pelea de travestis. La mujer dulce saca sus uñas dulcemente del cuero facial del afeminado individuo y se defiende: Pero es que ese bolso es mío, me lo regaló un francés hace tres noches, me dijo que tenía el mejor culo travesti de la ciudad, que tome este bolso mamacita que yo vuelvo en unos días con cosméticos marca Ebel. El auxiliar, atónito por la escena, se limita a llamar por su Walkie Talkie a, tal vez, un policía de verdad. Me esfume de la escena.

En esta ciudad pasan cosas absurdamente divertidas. Serenatas y ramos de flores. Chocolates, pegatinas, afiches, esquelas, peleas de travestis y gente comprando televisores para la sala. Caminé por tres cuadras y hallé un sitio digno de mi bolsillo. La cerveza costaba mil pesos y dejaban fumar adentro. Entré. Me acerqué a la barra y le pedí al barman un trago de vodka y una cerveza imperial. Al fondo del bar había dos gatitas meneando sus delgadas colas felinas la una a la otra. En la mesa aladaña un par de maricas mirándose a los ojos, tomando una cerveza, tomándose de las manos. Loco ¿Qué pasa acá? Pregunté ingenuamente como auxiliar. ¿Cómo que qué pasa acá lindo?

Me bebí el vodka, me bebí la cerveza. Pedí una ronda más y llegaron dos. Cortesía del hombre que esta al final de la barra. Si la aceptaba tenía un problema fijo, el marica. Si no la aceptaba mi hígado podría darme una paliza al final del día. Decidí seguir útilmente los consejos de Carreño y no dejé la mesa servida. El marica se llama Juan. Le digo que sólo entré por el valor de la cerveza y me preguntó por el tamaño de mi verga. Le dije que medía treinta mil pesos la mamada. Me dijo que me esperaba en el baño. Entré justo después. Me ofreció treinta mil pesos más por entierro. ¿Es que usted es marica? Mide treinta mil pesos la mamada o vaya y coma mierda. Salí cinco minutos después arreglándome el pantalón. Le pregunté al barman que si tenía cervezas en lata. Me dijo que no. Vaya y coma mierda. La cerveza una ganga. Maricas que pagan por nada. Dulces gatitas meneando fieramente sus delgadas colas entre sí. Travestis, palomas, secretarias, auxiliares, barman. Me deslice por el clima frio de las siete pe eme en la helada ciudad del polo sur americano. Mil metros y pico más cerca de las estrellas y se ven apenas diez. Que ciudad de mierda más acogedora para vivir.

Me dirijo al club de la pelea en las favelas del sur. Ese club de peleas es nuevo, nunca había peleado allí. Las apuestas vuelan, el dinero fluye, o eso me dijeron por ahí. Tenía treinta mil pesos para apostar a favor de mis lánguidos brazos colombo-alemanes. De camino por la helada ciudad del polo sur americano pase por el motel a recoger a Roxane. Roxane es una tierna gatita delgada, con dientes torcidos y aliento a veneno. Sus poros hieden vodka barato y me encanta. Conocí a Roxane hace dos semanas y desde entonces es mi amuleto de la suerte. Entré al motel Maldita vecindad

y el botones me recuerda que debo una noche. Le pregunto que si tiene algo de blanca nieves y me dice que además debo una roca de blanca nieves, que gracias por recordarle. Fresco loco, ésta noche es la noche para comprar esta vecindad maldita y mil putas y mil rocas. Subí a la habitación 301 y Roxane está desnuda en la cama viendo al padre Jaramillo hablar en el minuto de Dios. Le digo que se vista, me dice que me tienda con ella. Le digo que gatita vamos a ganar una pelea esta noche, me dice que enseguida está lista.

Nunca es conveniente sacudir a una mujer antes de una pelea. Las ganas se van desde las entrañas al útero y no hay nada que puedas hacer después. Miro por la ventana y cae una llovizna tenue. Los faroles rojos, blancos, amarillos, de las motos, carros y camiones se reflejan en el asfalto y es una obra de arte. Las gotitas caen suavemente en los charcos y ondas infinitas deambulan por el mundo finito de un charco de diez por diez. Las gatitas se cubren las tetas con abrigo largos que bajan hasta sus piernas y sacan sus sombrillas para resguardarse los culitos. Luces van y vienen, el botones vende crack afuera del motel, los locos se inyectan, las putas cobran diez mil a falta de cinco días para la quincena. Roxane aún no está lista. La luna brilla entre las nubes pálidas del jueves siete de enero de mil novecientos noventa y nueve. Las gatitas maúllan. Los perros hablan. Las nueve y treinta. Roxane está lista, es hora de irnos.

Salimos a la séptima y nos subimos en un bus que decía más allá de las putas Lomas. Este seguro nos lleva rápido. Roxane traía consigo una botella de vodka barato. Me contó que el botones de la maldita vecindad se la había regalado por que tenía unos lindos ojos. Mentira. Lo único feo de Roxane son los ojos. El derecho se desvía un poco del centro y a veces dudas de si está hablando contigo o el camarero. Igual es buena compañía y nos sirve vodka y me sana las heridas tras las peleas. El busetero madrea sin cesar a los faroles rojos, blancos, amarillos, de las motos, carros y camiones que se atraviesan por su camino. Ya no llovizna, ahora caen bombas sobre Bogotá. Me gusta, delirio, compasión, caos, mil y pico más cerca de las estrellas, travestis, palomas, secretarias.

Llegamos sobre las once pe eme del jueves 7 de enero de mil novecientos noventa y nueve. Roxane me toma la mano y la besa. Me dice que esta es la noche. Que no importa si no gano, que todo está bien, que me ama. Entramos al club. Es un sótano poco iluminado, por las paredes escurre el sudor de los hombres que han peleado toda la noche. Las paredes son baldosines blancos cuarteados, grasosos, sucios, oxidados. El lugar concentra el hedor del inframundo, huele a vida. Roxane me besa los brazos y me inscribo para la pelea peso coyote. Mi contrincante es un negro traído desde el choco listo para hacer puré a cualquier blanquito come mierda que se le atraviere por los crismas. Treinta mil al blanquito come mierda por favor. Loco, el negro del choco tiene un record de nueve peleas ganadas de ocho, diez por nocaut y tres por simple culillo. La pelea empieza a las doce a eme, son las once treinta. Al otro lado del lugar veo a una mulata con el negro. La mulata le da whiskey Jack Daniels traído directamente de contrabando por Venezuela. Malditos negros, siempre con las mejores gatitas Jack Daniels del país.

Prendo un cigarrillo, me suda el culo. No veo a Roxane. Dónde putas esta Roxane. El negro me ve y se ríe. El negro mide dos metros y tiene linaje africano. No es una pelea justa. El amuleto del negro tiene lindas piernas. Viene en falda corta y tiene una cicatriz de herida con arma blanca en el cuello. Que linda cicatriz mulata, pasaría la lengüita despacito y tú me darías Jack Daniels antes de las peleas. El humoblues llena mis acojonados pulmones que sienten el palpar de mi acojonado corazón. Roxane aparece con una cerveza. ¿Quién coño te dio la cerveza puta? Son las doce puto, tienes que hacerte el fuerte con Mandela. El réferi nos llama al centro, el piso es resbaloso. Las personas hacen bulla alrededor y en menos de lo que canta un perro se forma un círculo deforme. Alguien hace la señal para que traigan los guantes y el negro dice que no es necesario, que doble o nada, que duraré menos de tres segundos.

Roxane mira con ganas el paquete del negro, la mulata se ríe de Roxane, el negro se ríe de mí. Me quito la camisa y quedo en Levis chiviados. El réferi nos presenta. Nos dice las reglas, todo está permitido. Patadas en la ingle, dedos en los ojos, zancadilla, arañazos, codazos, escupitajos. Todo está permitido. Tres dos uno, que empiece la pelea. Sus ojos negros se clavaron a los míos como asesino en serie sacado de Hollywood. Podía

sentir su fuerte respirar a través del bullicio de la gente. Lanzó el primer JAB de izquierda y sentí el aire rozar frente a mi nariz. Mierda, dónde hijueputas me metí. Roxane me grita. La mulata va por un trago. Me concentro, es un falso zurdo. Sitúa su hombro izquierdo atrás y se inclina ligeramente hacia la derecha como quién desea lanzar un gancho poderoso con su brazo izquierdo africano. Me abalancé hacía él y embestí su mandíbula con un gancho de derecha. No te lo esperabas ¿eh? Mandela. ¡Dame más blanquito come mierda!

¿Dame más? Lo escuché de unas cuantas gatitas en celo en los días soleados de martes en la mañana, nunca de un negro africano. ¿Dame más? Sentí el primero en la sien izquierda. Falso zurdo. Puta mierda, me vendría bien ser mensajero o paloma. Roxane gritaba, la mulata bostezaba. Esquivo con una finta su brazo izquierdo. Me alejo, camino a la derecha, a la izquierda, avanzo, retrocedo. Lanzo un amague de izquierda y me esquivo el puño de derecha. El negro se ríe, he durado más de tres segundos. El sudor brota entre mis poros y siento como refresca la piel. El cuerpo entra en calor, los ojos se agudizan, los oídos se cierran. Los olores se concentran, huele a mierda, huele a vida, huele a negro y blanco. Mi linaje Alemán no podía contener el estado físico de miles generaciones esclavas. De seguro Hitler acabaría esto con un fusil. Pero yo no tenía fusil, tenía brazos blandengues de banquito come mierda alemán. Era un negro, entiéndanme, no era una pelea justa.

Roxane me mira expectante. Seguro estará pensando en alivianar mi carga emocional por no poder terminar esta pelea. Quizás se imagina tragando el humoblues mientras se monta en mí como quién desea un orgasmo de muerte. Dónde hijueputas me metí. El negro cruza golpe tras golpe entre mis brazos, directos a mi cara. Las luces se van desvaneciendo, no oigo nada, ni a Roxane, ni al negro, ni a la gente. Veo a Dios, estoy en el cielo. Palomas, mensajeros, gatitas, vaya y coma mierda. La Mulata le grita al negro que me acabe. Él gira su cabeza y le guiña un ojo. Bajaste la guardia Mandela. Lance una caricia con veneno y ateste contra su inmaculada nariz africana. La sangre morada, roja, azul le bajaba por los labios. La tocó con sus manos y se olvidó del resto. La mulata gritaba, Roxane se reía, yo acabé con un golpe en la sien. Pobre negro, le vendría bien ser

mensajero o paloma ¿Dame más? Treinta mil al blanquito come mierda por favor.

Roxane me abraza y me dice al oído que casi no salgo de ésta. El negro se para y me da la mano. La mulata lo acaricia y le da Jack Daniels. Puta negra, tienes que estar con el ganador. Tienes que estar conmigo y darme tragos largos de whiskey mientras Roxane hace lo suyo aquí abajo. Puta negra. Algunas gatitas fieras azuladas se acercan para felicitarme y Roxane las aleja de un maullido. Puta Roxane. Reclamé el dinero, doscientos mil pesos al ganador, casi me mata un negro y sólo saque un poco más de lo apostado. Roxane me toma de la mano, me besa y me dice que me ponga la camisa. Le digo que todo okey, que la amo y que gane sólo por verla feliz. Me coge el paquete y le digo que en el baño. Entramos. Olía a mierda. Salimos.

Hace frío y no pasan colectivos, ni taxis, ni mierda. Nos sentamos en el andén y salió el negro y la mulata y dicen que viven cerca. Les digo que vayan y coman mierda. Me dicen que hay whiskey.

Es un apartamento pequeño en una casa de tres pisos, las paredes son de ladrillo y tienen tapetes. El apartamento no da directamente a la calle. La ventana más grande apunta a un potrero atrás de la casa. Roxane se tiende sobre un sofá verde y mira el culo de la mulata. El negro me felicita por la pelea, me dice que me siente, que estoy cómo en mi casa. La mulata y el negro van a la cocina. Roxane me ve directo a los ojos y abre el hocico para decir que nos larguemos. Ni mierda, hay whiskey, hay mulata, hay Jack Daniels, hay vida.